



Águila del Cáucaso

Núm. 9





Águila del Cáucaso

Edición digital

Año III, núm. 9

Publicación trimestral de poesía en español,
dedicada a la difusión de poetas jóvenes, o
espacio para todas las voces de una misma
lengua.

Edición	Iñaki Irijoa Lema
Depósito legal	CA 551-2022
ISSN	2990-2991
Contacto	contacto@aguiladelcaucaso.es @aguiladelcaucaso

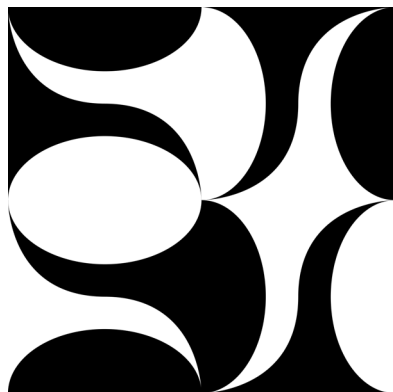
Editado en Algeciras.

La cubierta está basada en un diseño original de Homero José Amaro Gonçalves.

La propiedad intelectual de las obras publicadas pertenece a sus respectivos autores. Se prohíbe terminantemente la reproducción total o parcial de dichas obras por otros medios o procedimientos, sin la autorización expresa de sus autores.

La urgencia no debe marcar jamás los pasos del poeta. El tiempo es una magnitud voluble que impone a la poesía joven un ritmo furioso y torpe: algunas obras se publican antes de alcanzar la madurez suficiente, otras tan solo conocen el fuego o la indiferencia. Los siete poetas que se publican en este número noveno de *Águila del Cáucaso* hablan del tiempo con hondura y gravedad, plenamente conscientes de que la palabra puede salvar del olvido los recuerdos propios y los ajenos. Así, este nuevo número se constituye como un dulce lenitivo contra los dolores intrínsecos de la juventud.

Este es el número noveno de *Águila del Cáucaso*, un regalo para todos los lectores.



Los jóvenes poetas que se
publican en este número:

Vincenzo Leonardi
Noelia Hernández
Daniela Jiménez Chil
Giulia Chirila
María Gómez García
David Ferrez
Sofía Padilla Barreiro

Vincenzo Leonardi (Nápoles, Italia, 1996). Máster en Lenguas y Literaturas Europeas por la Universidad Federico II de Nápoles y doctorando en Filología en esta misma institución.

Es autor del poemario *La notte sulle spalle* (2022) y su poesía ha aparecido en importantes periódicos nacionales como *La Repubblica*.

Génesis del mar y de la sangre

*Nápoles,
pez de luto que asesto en lágrimas de azogue,
orilla para el pie de un sol ya mutilado*

CLAUDIO DEL MORAL

Su cabeza
hacia abajo
duerme rodeado
de un regazo azul,
azul como las ramas del asombro
que desde fuera abren los brazos
para agarrar su cuerpo
y despertarlo del sueño
en forma de pregunta.

Alguien grita desde lejos,
pero todo sigue siendo oscuro,
sigue siendo una ceguera
en la conciencia de no haber nacido
todavía.

Alguien le anima a la Vida
a salir de las espumas,

Ha publicado también en *Azogue*, *Campos de Plumas*, *Digo*.
Palabra.txt, *Luminaria* y *Águila del Cáucaso*.

a romper la cáscara
de la obviedad,
a abrirse al diluvio de la luz,
a que la luz se diluya
en pequeñas luciérnagas
y caliente un cuerpo que no ha nacido
todavía.

Este niño
apenas es inocencia de peces
más azules
ante el silencio del amor que avanza,
del amor que ahonda los dedos
en la pureza,
del amor que impulsa

y arrastra
la soledad hacia el amanecer.

Su desnudez
ya se mece con el aire,
mientras su madre, desde la cola herida,
mancha el mar con la sangre
del naufragio.

el *yo* había nacido,
el cuerpo había nacido.

Yo, he nacido, sí, junto con mi cuerpo,
en una tierra agonizada.

Las torres

El verano de Écija
tiene torres de ilusión
sobre suelos nublados.

Te pregunto
si las torres saben guardar
secretos que fluyen
desde tus manos
hasta mi cuello
como sangre compartida,
si las torres saben mirar
 cómo dos palomas
se hacen sombra con sus alas
cruzadas
 para protegerse del
calor que exhala el miedo entre
paredes blancas.

Te pregunto
si las torres saben mirar
como tú me miras
para transferir tu humedad
en la árida maleza
de mis inquietudes.

(Como ves,
mi poesía no es más
que una repetición
 una pala cavando
en el vacío
 del conocimiento)

Tu índice de Harpócrates
posa sobre el barquillo partido
de mis labios;
 me dices
que esas torres son demasiado grandes
para observar el secreto
de tu pecho
abriéndose ante mí
como una rosa de algodón

y mientras tanto el amor
me habla
con el lenguaje valiente
 de la confianza.

Noelia Hernández (Toledo, 1996). Graduada en Ingeniería Química por la Universidad Complutense de Madrid.

Actualmente compagina su trabajo de ingeniera con la autoredacción de su primer poemario.

Desanidar

Como una puerta cerrada sin postigo
con un gorrión en el alféizar
que quiere entrar y no lo logra

—así—.

Como sonido de enjambre en flor mustia.

Labios se juntan, de
espino y alambre su danza.
Un encaje de agujijones.

Batallar la incertidumbre
con un cordel de rafia al cuello.
Seguir el surco del nacimiento del río
en la nieve
—que va seco—.

A la primavera le ha brotado un tallo
y en él sigo aguardando la promesa verde
del deshielo.

Tatanka

Nace del fuego un tótem,
una llama,
o el reflejo de la fogata
en la crin blanca de la luna.
Veo un ojo de lanza viajando
directo a la piel que cubre los huesos.

Mudos: dios y el hombre callan,
y el humo se alza envuelto
en el albor de cien plumas.

Clavo una estaca por cada gota de sangre
que llueve hacia las fauces del cielo.
Se abre paso un aguijón como un anzuelo
y lacera las almas y mutila los cuerpos de cáñamo
que se elevan por sobre las amarillas llanuras.

Y soy el fuego. Y soy yo un libre trazo
de águila; también: la mano que tiñe el rostro
rojo de pura rabia y me tiende la pipa
—la tuya, la de todos, pero, sobre todo: la nuestra —.

He vuelto: soñé que no acababa nunca el viaje;
que como indios
portábamos pieles y conjurábamos
en el silencio la poesía de las piedras y
de los niños: tú y yo
y el primitivo idioma del
nacer del Mundo.

Cartografía de un vuelo

Estos pasos mudos de gacela
en las casas y en los boques
casi podrían afirmar que no estoy.

El beso de la huella
se cincela en el rostro
de una playa que
no sabe que existo;
pero yo juro que he visto el mar
roto a lo lejos
bajo un cielo calcáreo.

No advierto los sonidos
ni las notas y sus escalas
cuando las nombro,
pero imito el trino de las aves;
a veces, afino incluso
el rumor desnortado de la gaviota.

Es bello
porque estoy a una distancia prudente
y sé que existo tras las líneas
que separan un cuerpo del otro.

Siempre me insistían:
 el mar está muy lejos,
pero me vi desembocar en un mapa
—aún con mis escasas nociones
de geógrafa: he viajado—;
seguí el cruce de dos afluentes
de camino al Mar Común
y me detuve allí a escuchar
el tenue aleteo de mi primer llanto.

Daniela Jiménez Chil (Lima, Perú, 1994). Es filóloga y economista, graduada por la Universidad Goethe de Fráncfort.

*El centro de la vida
es esta ineptitud
esta ambición
de asir con prepotencia*
MARÍA NEGRONI

Girasoles

Estás tú, en una prisión
—encerrada—
de este espacio, en una caja
de pensamientos
—de este cuerpo, que ya no respira—
avanzan las prisiones
cuales procesiones sobre los
campos de girasoles
—girasoles, mi flor favorita—

*girasolesrosasynomeolvides
nomeolvidesnomeolvidesyolvidaste
geranioscaléndulaspasifloras
magnoliacamelianarcisanarcisistas*

Es co-fundadora del colectivo literario “Foráneas” y co-moderadora el espacio de poesía “Lírica y Duende” en el Instituto Cervantes de Fráncfort.

Ha colaborado con la revista literaria *Casapaís* y ha participado en la antología de relatos *Umbrales*, editada por el Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones de España.

Estas tú (aún) bajo un cielo de verano
 —Estoy porque me has encerrado—
 Leo sobre el absurdo y
 los porqués de evitar el suicidio...
 ...de cuando evito el suicidio
 ...de cuando cierro las prisiones
 ...de cuando tapio las ventanas
 —No veo—
 Sello las celdas
 te devuelvo tus cadenas
 rompo la llave
 y espero junto a tu calabozo
 el invierno
 solo para celebrar
 —¿Algún día? —
 la llegada del verano.

Nomeolvides

Esta palabra, es apenas
un utensilio humilde
con el que espero
volver hacia tu jardín
lleno de las florecitas
aquellas que adornaban
tus cabellos.

Solo pondré esta última
esta delicada
nomeolvides
la dejaré a un ladito
esperará con paciencia
vivirá bajo la lluvia
se regocijará en el verano
abrazará la incertidumbre
de saberse infinita
qué le quedará
a esa nomeolvides...
qué le quedará entonces
de este tiempo que huye
y qué nos quedará, a mí y a mi yo de ayer
sino solo la tierra, la ceniza, el polvo.

Giulia Chirila (Rumanía, 1997). Licenciada en Filosofía, Máster de Estudios Literarios, Artísticos y de la Cultura, doctoranda en Filosofía y Ciencias del Lenguaje por la Universidad Autónoma de Madrid.

Ha colaborado con las revistas literarias *Poscultura* y *Digo. palabra.txt*.

I

Hay momentos que exigen ser cumplidos.

Como decirle a alguien que le amas

MARY OLIVER

en mi pecho,
la culpa me atenaza al pasado
los dos nos mirábamos en silencio
dentro del cuarto
con tus dos ojos dolientes
que me invaden furiosamente
como flecha lanzada en el abdomen
nos sumergimos de nuevo
en esta dolorosa realidad de lo que fuimos
temblando en cada uno de nuestros huesos
arrepentidos de no amarnos como
nunca nos han amado

amar es, misteriosamente, físico:
buscamos los dos el adormecimiento de los cuerpos
juntos, de la respiración
simétrica:

¿hay algún origen de vida al observar
este cuerpo tuyo dormido?

¿Hay algún significado oculto?
 me desespero cuando me separo de esta caricia
 en la cual puse toda mi esperanza:
 la misma caricia que me levanta
 es la misma caricia que me derrumba

II

*Vas a hacerte mayor
 y para que eso suceda
 yo voy a tener que envejecer
 y después moriré, y la culpa será tuya,
 será toda tuya*

MARY OLIVER, *Dijo LA MADRE*

no he hecho más que llorar desde que soy pequeña: me quejaba y
 quejaba hasta que mi madre se cansó de mí

todas las personas al final se cansaron de mí
 hasta yo misma me cansé de ser yo misma y me convertí en el
 fantasma de esas mansiones tenebrosas donde solo hay vida
 antigua y nadie quiere vivir allí porque ya es demasiado habitado
 y demasiado pesado y se largan, hacen sus maletas y se van en su
 descapotable rojo se van porque
 da miedo
 ver esas sombras por las ventanas
 da miedo ver esos laberínticos pasillos vacíos y sentir tanta penumbra
 y tanta pesadez pero yo seguía, lloraba y lloraba cuando me
 dejaban en la guardería, aún me acuerdo de esos días, y mi madre
 no desistía, tenía que dejarme allí y los demás niños —me contaba
 mi madre ya de mayor— me traían juguetes y yo los tiraba porque

no quería juguetes no quería cuerpos muertos no quería jugar –allí
aprendí que no me dejaría amar nunca–
yo solo quería que volviera mi madre
No se qué merezco

siento que merezco lo que me toca en mi vida: todas las
cosas malas
porque al final yo también he sido mala: he sido muy mala de
pequeña con otras niñas era muy mala con ellas las trataba fatal
hasta humillé a una niña no se qué edad tendría y en el colegio una
vez me porté mal con la chica nueva no sé si era envidia o qué
a veces me gustaba ser mala
mi abuela me castigaba me pegaba a veces con una rama de árbol y
yo me escondía las heridas de las piernas le tenía miedo a veces y
me burlaba de mi abuelo en ocasiones porque era muy mayor y se
enfadaba y le tenía miedo al enfado

pero seguía siendo una niña

mi madre no estaba tampoco mi padre
nos llamábamos por teléfono y yo solo me acuerdo de ese día
cuando volvieron a España y me dejaron allí y yo observaba su
coche desde el balcón y después ya no estaban y yo lloraba otra
vez, que pesada, lloraba y mi abuela me llevó a tomar helado pero
seguía llorando y ya el helado eran más lágrimas que vainilla más
mocos que chocolate la verdad no me acuerdo del sabor

pero la partida fue amarga

III

En algún momento,
una siente la paz después del abandono:
la paz de la soledad,
la compañía de encerrarse en sí misma,
buscando huecos de luz.

Soy como un rosal en mi ventana,
el regalo de una nueva amiga.
Lo cuido como a mí misma.
A veces lo miro, y siento que crece
al mismo ritmo que yo.

Veo caer sus hojas,
no siempre por tristeza,
sino porque el tiempo lo concede.
El cambio, la caída,
es tan necesario como el florecer
cuando vuelve a salir el sol.

Soy como el rosal,
esperando que alguien que ame me riegue.
Sin embargo, mientras tanto,
aquí estoy yo para calmar mi propia sed.

Y aunque no sea lo mismo
—aún faltan hojas,
y las flores están por venir—
sé que el tiempo llevará
a la transformación que se requiere

IV

¿Qué pensarás de mí, allí sentado al lado?
Cada uno pendiente de su propia vida,
como si ya no importáramos,
como si las palabras —o lo que nunca tuvimos—
se hubieran evaporado.

¿Tienes fe aún en nosotros?
¿En lo que puede hacer mi piel bajo tus manos?
No hay milagros que nos unan de nuevo.
Sentados, cada uno en un rincón del sofá,
esperamos, quizás, que el tiempo pase,
que el cuerpo deje de inclinarse hacia el otro.

Permanecemos estáticos,
sin la esperanza de nada.
Dos corazones que ya no confían,
dos pieles que no se buscan,
rompen por dentro sin aviso.

Es tan frío este aire,
tan ajeno tu olor:
la única cosa material que me toca.
Seguramente piensas, con alivio,
que no volveré.

Yo estoy dispuesta a vivir sin ti,
pero el tiempo se ralentiza.
Quiero correr para sentir el frío,
una bocanada de aire que me alimente,
que haga avanzar las horas.

Necesito esquivarte en mi memoria,
en mis pasos nuevos.
Porque no podremos vivir así para siempre

María Gómez García (Tacoronte, Tenerife, 2001). Graduada en Español: Lengua y Literatura por la Universidad de La Laguna, Máster en Formación del profesorado y doctoranda en Arte y Humanidades.

iiiiiiiiiiii

iiiiiiiiiiii

todo lo que puedo oír desde la silla roída
el metal sobresale
se clava en mi hueso

iiiiiiiiiiii

he muerto cerca de doscientas veces
mi abuelo cogía aquella cuchara de la mili
“no dejes nada en el plato”, me decía
podía comer con las manos

iiiiiiiiiiiiiiii

noto cómo el hueso forma úlceras en la carne
mi pijama empapado en sudor
la cuchara de mi abuelo se mezcla con el caldo
el líquido de mi herida se pega al metal

iiiiiiiiiiiiiiiiiiii

muero una vez más
me pregunto cuántas personas
dos

tres

cuatro

vendrán a mi entierro esta vez

Es co-fundadora de la revista *Aguaviva* y co-dirige el espacio de poesía “7 Vidas”. También ha dirigido la Asociación Universitaria Cipselas.

Ha colaborado en la antología *Siete Vidas*; ha participado en el festival de poesía anual de Granadilla de Abona y en el Seminario Internacional “Tenerife Noir”.

Coches usados

arrancas mis uñas como las alas de las mariposas
 como los pétalos de las margaritas
 mequierenomequieremequierenomequiere
 se forma un charco de pus amarilla en la orilla de mis pestañas

migas de mí se desparraman por la sala
 un amasijo de puntos amarillos al que pisas como cenizas
 eso es mi cuerpo
 esos límites que se desdibujan por la sangre de mis cutículas

metes los dedos en mi vagina
 sale un hilillo de aire
 mis tobillos se esparcen para tocar el sol
 lo toco con el hueso

me paro en las grietas de la pared
 cómo disfrutas de lo que estás haciendo
 veo formas en esas grietas
 personas que se abrazan como a mí no me abrazan

cuento todos los minutos

uno

dos

tres

cuatro

cuatrocientos

mil cuatrocientos

vaivén que no termina

qué bonito es ser mujer

mirar las grietas de una habitación oxidada

rasparte las vértebras con la sangre que cae

sentir

a veces

que tu cuerpo no te pertenece

David Ferrez (Motril, 1995). Graduado en Filología Hispánica por la Universidad de Granada, máster en Estudios Literario y Teatrales y en Formación del profesorado por la misma universidad.

Es autor de *Sudores sin frío* (2019), ganador del premio “DRAPS” de Poesía Social, *Los ojos del frío* (2021), finalista del premio Balanceo de poesía y *Un rostro muerto en el espejo* (2022), ganador del premio “Elena Martín Vivaldi” de Poesía. Es co-autor de la antología *Cuando dejó de llover: 50 poéticas recién cortadas* (2021), así como, ha colaborado en *Última poesía crítica. Jóvenes poetas en tiempos de colapso*.

Ha colaborado, como poeta, en *Palabrerías*, *Dosis Kafkiana*, *Casa Bukowski*, *Aullidos* y *Águila del Cáucaso*, como hispanista, en *Perífrasis*, *Tropelías* y *Quimera*.

Áspera tibieza

Rara la tarde, la cama tibia

ÁNGELES MORA

Buscar tu piel
sin otra luz y guía que el instinto
sobre el lienzo de esta cama
donde el tacto desdeña
su áspera tibieza.
Y no encontrar excusas
para levantarse
en esta fría mañana
tan lejos de tu vientre.

*Beato sillón**El mundo está bien hecho.*

JORGE GUILLÉN

Que el silencio cansado
 entre por la puerta
 y se siente en el beato
 sillón de nuestras noches
 para decirnos lo que ya sabemos:
 este mundo está bien hecho
 para una inmensa minoría.

*Horas muertas**Cuánto mar**Se sale de sí mismo**a cada rato*

PABLO NERUDA

Parecen las horas muertas
 que desbordan nuestro sueño,
 las orillas de un océano aturdido
 donde naufraga la ingrata costumbre
 de ir muriendo un poco cada día.
 En la zona del hades,
 late un dolor profundo
 que nos reclama.

X

Abrir la tierra
como se abre un hogar
después de décadas
para que respire,
de nuevo, de alegría.
Como se abriría un cráneo
por un disparo de Máuser
y brotara del cráneo
un riachuelo de amapolas.
Como se abre el cabello
de la niña sin madre que le enseñe
a hacerse un par de trenzas
cuando el viento lo mueve,
esparce y desordena.
Como la flor del cerezo
en el invierno de la historia
se abre paso el recuerdo
a través del olvido.

XI

Estoy mirando el letrero del metro
porque somos el tiempo que nos queda.
—cinco minutos para ser exactos—.
Ya lo dijo Brecht a su manera:
no me gusta el lugar de donde vengo
no me gusta el lugar adonde voy.
Pero miro el letrero con urgencia
porque la vida es eterna
durante cinco minutos.

Sofía Padilla Barreiro (Madrid, 2003). Graduanda en Literatura General y Comparada por la Universidad Complutense de Madrid.

I

las albas auguraban golondrinas
tus ojos prenden fuego a mi futuro
con palabras de bocas creadoras
escritas con mis manos ya azuladas

pronto la sádica razón te tienta
dedos rosados toman ese fruto,
rasgando con tu ciencia nuestra aurora
la pérdida es palabra y ya no hay luz

no inventarás miradas, plumas, besos
de duda nos arrasas las caricias
de pronto, dices que falló el amor

sola, escribí ese fruto y te miré
mi costilla es la pluma y te he esculpido,
hombre de yermo paraíso helado

II

la ciudad regia me estremece,
calles marmóreas de seísmos
no siento el frío, podré seguir
vagando, avenida infinita, el mar no espera,
sirenas enlatadas para buitres, los justos,
que se las comen distantes, miopes

parecemos cobardes desde arriba
inabarcables desde abajo
de cualquier modo, unos hipócritas
y unos ojos que no son míos
merman espaldas de otros seres,
susurros de las casas, sus rincones

quiero un hogar sin ser tomada
prisionera por voluntad, como Penélope
navegante por vocación, como extranjera
una ciudad que sea mía, una ciudad
ninguna

III

con cada luna que me arrancas, vago
por este laberinto de posibles
los pájaros me engarzan las espinas
ciñendo cada noche de un lamento

los árboles de plata se levantan
quebrando el cielo mustio de mi mundo
lo que no confesé callado está
circula, en mi devastación latente

mi tinta de ceniza se diluye
en los pasillos ciegos del hechizo
que las rosas arrancan de sus verbos

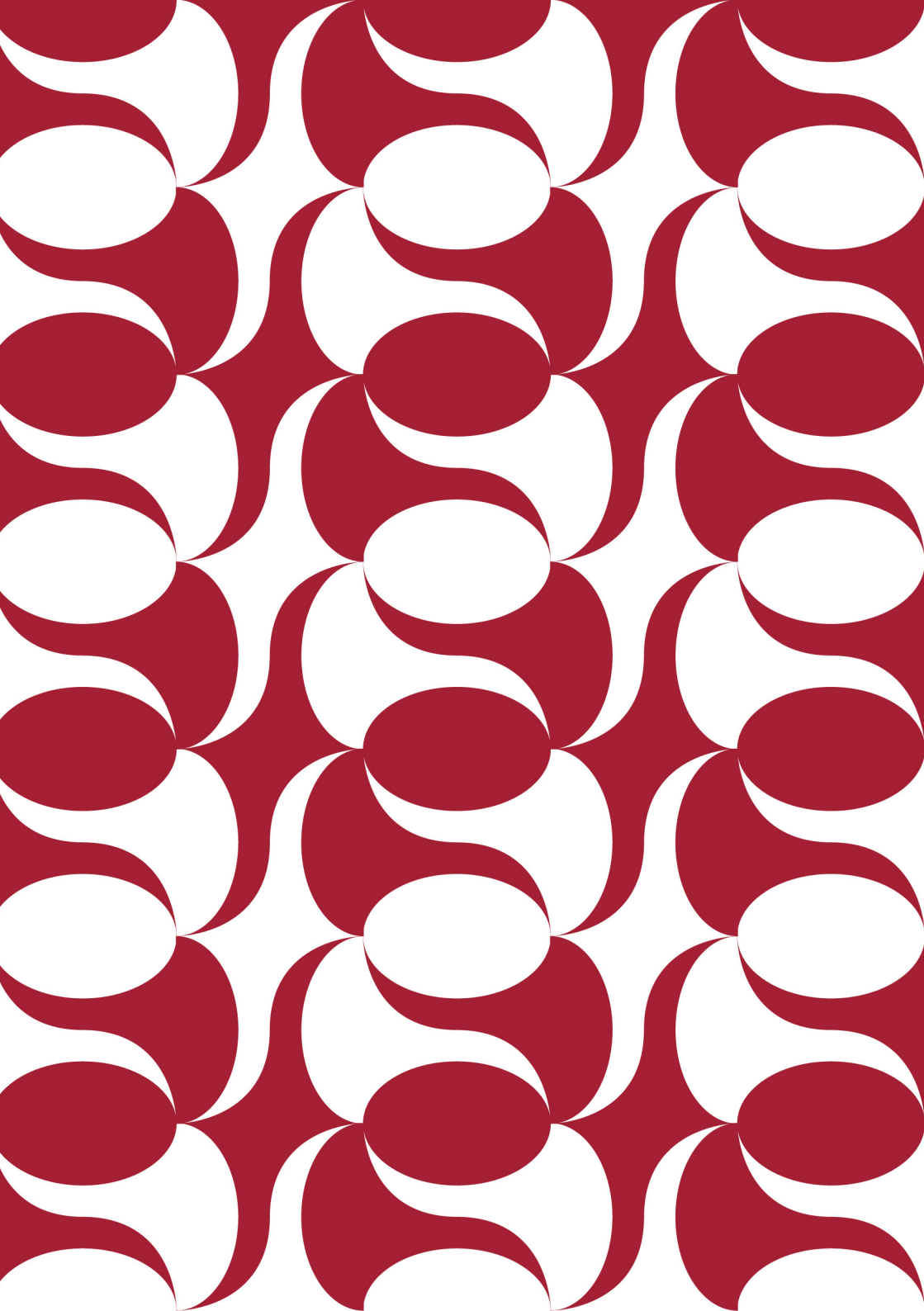
estoy marchita ante el silencio y sola
oscuramente sola ante el augurio
de despertar y no saber llamarte

Iñaki Irijoa Lema, bajo el título de *Águila del Cáucaso*, confía en haber realizado una selección notable de poetas jóvenes y una edición digna para este número.

Agradece con sinceridad y afecto la participación de todos los autores que le han enviado su obra.

Espera que el lector disfrute de su dulquérrima labor.

A 6 de enero de 2025,
en el día de los Reyes Magos.



Los jóvenes poetas que se publican en este número:

Vincenzo Leonardi

Noelia Hernández

Daniela Jiménez Chil

Giulia Chirila

María Gómez García

David Ferrez

Sofía Padilla Barreiro

